

difícil de perfilar. Por una parte, hay una tarea filosófica en el decir y en el sugerir, en el relacionar y articular, en el mantener mismo —en este caso, una concepción (la del símbolo artístico y la idea filosófica) que puede haberse difuminado por la obsesión por el preguntar concreto y el análisis fáctico y positivo—, y de esa tarea *Filosofía del futuro* es ejemplo inmejorable. Mas, por otra, y cabe pensar que sea ésta una de sus sugerencias mejores, no parece suficiente con esa tarea filosófica. Fundamentar lo dicho, analizar su posibilidad concreta e histórica, y en ella su posibilidad teórica, son exigencias a que el mismo problema conduce y que, como en una vía de paradoja y contradicción, puede deslizarnos fuera de la filosofía misma.

Pues, en efecto, cuando nos preguntamos por la índole del «rezumar» del símbolo artístico, de la obra de arte, la especulación filosófica no es suficiente, se nos exige abordar el problema del signo artístico, de la relación imagen/concepto, de la mimesis y el iconismo..., es decir, se nos exige un salto de horizonte reflexivo. Afirmaciones del tipo «el arte *crea su propio marco inmanente de significación*. Funda el marco de referencia respecto al cual adquiere significación» (135), ¿se explican a partir de la instauración de un código propio, del uso de un tipo de signo —el artístico—, de la invención estética o de la relación al contexto? La pregunta/respuesta encierra posibilidades diferentes que miran a paradigmas teóricos diversos, cada uno de los cuales va más allá de la distinción entre símbolo y alegoría, que es el punto de partida dieciochesco, mas que, precisamente por ello, no puede ser nuestro punto de llegada.

Aquí se tensa —y quizá se cuestiona— el «principio de variación»: la repetición creadora se mueve en un límite difícil de soportar para el que en ella se empeña en el discurso filosófico; entre decir lo mismo, especular y salir del ámbito de la filosofía, el espacio que resta es exiguo y el equilibrio casi imposible. No sé si hay algún espacio entre la especulación y, por ejemplo, la semiótica artística (ya que estamos en este tema), el espacio de la filosofía, mas en cualquier caso, si lo hay, en su angostura se descubre la grandeza y la miseria del filósofo (y de ese filósofo «sui generis» que es el lector de filosofía). Entre tanto, percibo la vacilación como seguro (?) horizonte del presente discurso.

En dos puntos alienta la exigencia de ese exiguo espacio. Si el filósofo no se atreve a la fundamentación de la posibilidad misma de la filosofía y el arte —y este es el primero de tales puntos—, ello puede explicarse en términos de miedo, pero también de emboscada: la que tiende el análisis filosófico, la semiótica, la que tienden la teoría del arte y la poética a quienes investigan sobre la naturaleza de ese singular iluminado (117) que es la obra de arte. La dificultad de la filosofía, y por ende del filósofo, reside en la capacidad para deslizarse por ese bosque sin quemarlo, sin cortar los árboles, el filósofo no es un leñador.

Pero la cuestión se agudiza más aún en el contenido de una pregunta que de inmediato se hizo presente, una, por otra parte, ya vieja pregunta: ¿es suficiente con decir y constatar la negatividad? Al decirla, el filósofo la pone delante nuestra, la hace consciente y nos impide que la ol-

videmos..., mas ¿es bastante?, ¿lo es desde el punto de vista de la filosofía? Una sospecha se extiende: ¿por qué no construir la positividad en lugar de especular sobre ella?, ¿hay espacio para esa construcción, un espacio filosófico?

EL SIONISMO Y LAS DICTADURAS

Carlos de la Serna

Lenni Brenner.
Zionism in the age of the Dictators.
Lawrence Hill & Company.
Connecticut. Estados Unidos.
1983.
Croom Helm Ltd.
Bechenham. Reino Unido.
1983.

El Sionismo como movimiento político levanta entre sus defensores y detractores fuertes polémicas. La situación en el Oriente Medio, en especial desde la creación del Estado de Israel, ha estado casi permanentemente en el primer plano de la actualidad. A esta primacía de lo actual sobre lo histórico se podría atribuir cierta pérdida de perspectiva sobre las bases en las que se fundamentan y explican, hoy en día, políticas concretas del Gobierno de Israel.

El libro de Lenni Brenner, periodista e historiador judío-norteamericano, intenta traer algo de luz sobre los orígenes

políticos e ideológicos de una facción del Sionismo y su interacción con la Alemania nazi, en el período anterior a la Segunda Guerra Mundial.

Los historiadores tradicionales del Sionismo han desdeñado el estudio de esta facción minoritaria, el Movimiento Sionista Revisionista (MSR), fundado por Teodoro Herzl, dentro de la Organización Sionista Mundial a finales del siglo pasado. El interés en estudiar este caso para la época actual es que el Partido *Herut* —núcleo principal del *Likud*, actual coalición gubernamental en Israel— es la «sección» israelí del MSR. Begin, por ejemplo, siempre se ha reconocido como discípulo de Herzl y de Vladimiro Jabotinsky, que dirigió el MSR en los años 1930 y 1940. Otro motivo de interés para estudiar esta página de la historia puede estar en el hecho de que el MSR en su día tuvo un brazo armado y que al frente de esa organización paramilitar estuvo como Jefe de Operaciones el actual Primer Ministro de Israel Isaac Shamir. Esta organización terrorista era conocida por los nombres de Organización Militar Nacional o *Irgun Zvai Leumi*, posteriormente llamado *Lohamei Herut Yisrael* (Luchadores por la Libertad de Israel) o también por el nombre que le dieron los británicos, *Stern Gang* o Banda Stern.

El libro, aparentemente bien documentado, prueba que el MSR, a través de su brazo armado, buscó el patronazgo y la benevolencia de fuerzas declaradamente anti-sionistas, así como los propios fascistas italianos y nazis alemanes. Es justo reconocer que el sector revisionista del Sionismo, dirigido por Stern, nunca representó gran cosa

dentro del Movimiento Sionista, calculándose que no serían más del 2 % de la población judía que entonces vivía en Palestina. La importancia no está en que fueran insignificantes numéricamente entonces, sino que hoy uno de ellos ha llegado a ser Primer Ministro de Israel. El Irgún estaba dirigido en la época por Vladimiro Jabotinsky, un moderado en comparación con Abraham Stern. Por sus diferencias de enfoque y lo irreconciliable de sus posturas, en 1940, al salir de la cárcel, donde le habían metido los británicos por nueve meses, Abraham Stern se escinde del Irgún de Jabotinsky y se proclama líder del «auténtico» Irgún, pasando al poco tiempo a llamarse su grupo *Lohamei Herut Yisrael*. Jabotinsky sabía que por aquellas fechas los británicos no iban a permitir la creación de un Estado Judío en Palestina y viendo con preocupación el ascenso del fascismo en Europa y el peligro de una guerra entre Alemania y Gran Bretaña, apoyó la creación de una Legión Judía dentro del Ejército Británico. Stern, por su parte, creía que sólo por la vía del enfrentamiento con los británicos se podría llegar a la creación del Estado Judío. Poco a poco, tras la escisión, Stern se fue quedando solo y las bases se fueron al Irgún de Jabotinsky o a la Legión Judía. Sin embargo, el núcleo central del aparato militar del Irgún se fue con Stern.

En un documento, encontrado después de la Segunda Guerra Mundial en la embajada alemana en Turquía, conocido como el «Documento de Ankara», fechado el 11 de enero de 1940, la Organización Militar Nacional ofrece su colaboración a la Alemania nazi. En el libro escrito por David Yisraeli titulado *The*

Palestine problem in German Politics, 1889-1945, publicado por la Universidad Bar-Ilan, de Ramat Gan (Israel) en 1974, se recoge este documento que se autotitula «Líneas fundamentales de las propuestas de la OMN (*Irgun Zvai Leumi* o Banda Stern) respecto a la solución de la cuestión judía en Europa y la participación de la OMN en la guerra del lado de Alemania». En este sorprendente documento, que el propio Shamir ha reconocido es auténtico, la Banda Stern manifiesta a los nazis: «La evacuación de las masas judías de Europa es una precondition para resolver la cuestión judía; pero esto sólo se podrá hacer posible y por completo mediante el asentamiento de estas masas en el hogar del pueblo judío, Palestina, a través del establecimiento de un Estado Judío en sus fronteras históricas»¹.

«La OMN, que conoce bien de la buena voluntad del Gobierno del *Reich* alemán y sus autoridades hacia la actividad Sionista dentro de Alemania y hacia los planes Sionistas de emigración, opina que:

1. Podrían existir intereses comunes entre el establecimiento de un Nuevo Orden en Europa de conformidad con el concepto alemán, y las verdaderas aspiraciones nacionales del pueblo judío como las expresa la OMN;

2. la cooperación entre la nueva Alemania y un Hebraísmo popular y nacional renovado sería posible, así como que

3. el establecimiento del Estado Judío histórico con base nacional y totalitaria, vinculado mediante un tratado al *Reich* alemán, sería de interés para el mantenimiento

y fortalecimiento de una futura posición de poder alemán en el Próximo Oriente.»

«De acuerdo con estas consideraciones, la OMN en Palestina, bajo la condición de que sean reconocidas las aspiraciones nacionales del Movimiento de Liberación Israelí arriba mencionadas por parte del *Reich* alemán, se ofrece para tomar parte activa en la guerra del lado de Alemania.»

«Esta oferta de la OMN... estaría en conexión con el entrenamiento militar y la organización de los recursos humanos necesarios en Europa, bajo la dirección y el mando de la OMN. Estas unidades militares tomarían parte en la lucha para conquistar Palestina, si se decidiese abrir tal frente.»

«La participación indirecta del Movimiento de Liberación Israelí en el Nuevo Orden Europeo, ya en fase preparatoria, estaría vinculada a una solución positiva y radical del problema judío europeo de conformidad con las aspiraciones nacionales, arriba mencionadas, del pueblo judío. Esto fortalecería extraordinariamente la base moral del Nuevo Orden a los ojos de la humanidad.»

La respuesta alemana a tan descabellada oferta es por todos conocida; sin embargo, lo que es sorprendente es que se pudiese hacer una oferta seria y en esos términos a la Alemania de Adolf Hitler. El libro de Brenner es, sin duda, una de las obras más polémicas que se han publicado recientemente sobre el problema del Oriente Medio. Los sentimientos y emociones que evocan el holocausto y la Segunda Guerra Mundial no harán más que nublar el juicio ante este documento insólito a mu-

chos de aquellos que, a través de los años, han venido apoyando racional y emotivamente al Sionismo como movimiento de Liberación Nacional, como fuerza de progreso y libertad que encabeza a un pueblo en pie por la recuperación de su tierra tras el largo, penoso y triste período de la diáspora y como dice el autor: «La redención del pisoteado pueblo judío en su propia tierra». Pero desde sus orígenes el Sionismo ha aceptado que el mundo en el futuro sería de los que odian a los judíos y, por lo tanto, desde entonces busca el acomodarse a la realidad dominada por el anti-semitismo.

El libro no sólo repasa el caso concreto que hemos reseñado sino que pretende, a través de las fuentes históricas, repasar la evolución del Sionismo desde sus orígenes en el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, y extraer todo lo que tiene en su pensamiento y práctica de autoritario y racista. Muchos son los temas y momentos que estudia y que no se pueden resumir aquí; sin embargo, el capítulo titulado «España: los nazis luchan, los sionistas no», puede tener especial interés para el lector español puesto que se refiere a la época de la Guerra Civil española y la actitud del Movimiento Sionista ante la participación de los judíos en las Brigadas Internacionales. Brenner cita el libro del ex brigadista Albert Prago, *Jews in the International Brigades in Spain*, para sostener que los judíos eran el grupo étnico mayor en términos proporcionales de los que participaron del lado de la República en la Guerra de España. Desgraciadamente, nadie hizo una estadística en su día de los judíos en la Guerra Civil, si bien se calcula que fueron del total un 16 por

cien, siendo las nacionalidades con mayor proporción de judíos los americanos de la Brigada Lincoln con un 30 por cien de judíos y los polacos con un 45 por cien. De Palestina sólo hubo 22 judíos, los representantes del HaPoe 1 (Asociación Deportiva del Movimiento Laborista Sionista) que llegaron a Barcelona para participar en la Olimpiada Obrera de 1936. En cuanto a la actitud del Movimiento Sionista ante la Guerra de España, Brenner menciona como muestras el artículo publicado en el Diario *Haaretz* el día 24 de diciembre de 1937, donde se denuncia a los judíos americanos por luchar en la Brigada Lincoln y no hacerlo en Palestina, y el artículo publicado en el Diario *Davar* (órgano de los Sindicatos *Histadrut*) en 1937 por su Director Berl Katznelson, en el que se hacía un duro ataque a «esos jóvenes que no pueden vivir su propia vida y tienen que luchar las guerras de otros... y pensar las ideas de otros», censurando claramente a los judíos que, en vez de luchar por el establecimiento de un Estado Judío en Palestina, se iban a otro país a luchar «una guerra que no era la suya».

Pero en Palestina no todos los sionistas estaban de acuerdo con la postura de la dirección del Movimiento Sionista, el Partido Laborista o los sindicatos. En una reciente reunión de ex brigadistas norteamericanos en Israel, un Alcalde, Teddy Kollect, que dio una recepción a los veteranos de la Brigada Lincoln, expresó la opinión de muchos israelíes diciendo: «La pregunta no es, ¿por qué fuisteis (a las Brigadas Internacionales)?, sino ¿por qué no fuimos nosotros también?».

La actualidad de este libro no está sólo en su contenido,

Los años de mayor actividad política, su papel dirigente en el comunismo español, no quedan recogidos en estos recuerdos. María Teresa ha intentado suplir esta «laguna» cronológica entre los dos primeros cuadernos y el tercero con la inclusión de la correspondencia entre Juan Andrade y el comunista holandés Geers (correspondencia depositada en el Instituto Internacional de Historia Social, en Amsterdam) que constituyen una aportación importante para la historia de los años 1920-1921 de fundación del PCE. Podemos decir que, junto con *Apuntes para la Historia del Partido Comunista Español*, de Juan Andrade, publicado por la Editorial Fontana, y *El nacimiento y primeros pasos del Partido Comunista Español*, de Luis Portela, publicado en el n.º 14 de la Revista de *Estudios de Historia Social*, son los testimonios documentales más importantes para reconstruir los primeros pasos del Partido Comunista de España.

Las cartas entre Andrade y Geers muestran el desarrollo y la actividad del PCE, y reflejan certeramente el estado de radicalización política del núcleo de las Juventudes Socialistas, origen de ese partido. A modo de ejemplo sirvan las siguientes frases:

«Es una verdadera pena que la “tercera” no nos ayude en nada y que, en cambio, le entregue cantidades enormes al centrista Lansbury, que comete idioteces como la última, de no querer recibir el dinero para que no le digan que está “vendido a los bolcheviques”. Le está bien empleado a Lenin. No quiere nada con “los niños de izquierda” y, en cambio, coquetea con los centristas. Por cierto, que supon-

go habrás leído su último folleto, “El Comunismo de izquierda, enfermedad infantil del Comunismo”. No hay nada tan oportunista como este trabajo.»

Con la publicación de estos recuerdos, editados a los dos años de la muerte de Juan Andrade, y tras la desaparición también de Luis Portela, el último superviviente de los fundadores del PCE, se contribuye enormemente al conocimiento humano y político de los pioneros del comunismo español.

Sólo nos queda pensar que los originales de estos documentos de primera mano no se «perderán» para los investigadores españoles, y que se encontrarán algún día en las instituciones españolas que recogen el acervo documental e histórico del movimiento obrero español.

¿QUIEN PRETENDE SER PROMETEO?

Mariví Rodilla

Carlos París.
El rapto de la cultura.
Ed. Laia.
Barcelona, 1983.

Un dato a tener en cuenta antes de introducirse en la lectura de esta obra de Carlos París es que consiste en una recopilación de trabajos escritos por el autor entre 1973 y

1978, excepto el titulado «El porvenir del comunismo», que data de 1982, publicados por primera vez en 1978 y reeditados en la actualidad.

El título general de la obra nos da una primera idea sobre su contenido: el rapto de la cultura en una doble vertiente; de un lado, el rapto por parte de los poderosos de la cultura entendida como forma humana de elaboración superior, es decir, como todo aquello que el hombre ha creado y que se diferencia de la naturaleza, y como forma de vida. De otro lado, la necesidad por parte de los desposeídos de recuperar una cultura no alienada. En el análisis de estas dos vertientes se encuentra el posible enlace de esta serie de artículos que, en un primer momento, producen una sensación de dispersión temática.

En el primer artículo incluido en la obra, París plantea como progreso moral el reconocimiento de la pluralidad cultural, en tanto que esta pluralidad supone un valor que debe ser respetado a pesar de la tendencia humana a considerar otras formas de comportamiento cultural con hostilidad o competitivamente. De manera optimista, asegura que actualmente está triunfando la idea general de que es necesario mantener todas las diferentes culturas, entre las cuales se van generando un diálogo y una comunicación amplias. Ejemplos históricos de esta posibilidad de simbiosis son, para él, la conveniencia de culturas en el Estado español durante la Reconquista, en América a partir del descubrimiento o, de manera diferente, el origen de la ciencia moderna. La ciencia y el conocimiento científico que genera no pueden ser entendidos sino como parte de la to-